

## **LA LUCHA ENTRE LO FEMENINO Y LO MASCULINO EN LA TERAPIA OCUPACIONAL**

*Daniel Guzmán Campos<sup>1</sup>*

Palabras Clave: Femenino, Masculino, Género, Terapia Ocupacional, Ciencia.

Antes de entrar a la universidad a estudiar la carrera de Terapia Ocupacional (T.O.), como creo que a muchos nos sucedió cuando ingresamos, sabía muy poco de ella. Tenía nociones básicas que la relacionaban con la salud, con el Instituto de Rehabilitación Infantil Teletón, y con una serie de elementos y fenómenos que le valían la categorización de "una muy bonita carrera". A su vez, dentro de esta misma categorización se encontraba la idea de ser una carrera compuesta principalmente por mujeres. Ante ello, recuerdo con particular detalle el comentario de un grupo de amigos que entre sonrisas de picardía y seriedad, al momento de comentarles mi decisión, me dijeron "esa carrera está llena de mujeres", y que aparentemente al decidir formar parte de ésta disciplina, automáticamente yo me volvía más mujer. En aquel momento lo tomé como un simple comentario al que no debía prestar gran atención, pero que una vez dentro de la universidad pude corroborar; de los 55 nuevos integrantes de la carrera, solo 12 éramos hombres, de los cuales al final de ese mismo año solo quedábamos 8. Misma situación se repitió en años anteriores y se seguía repitiendo en las generaciones siguientes, donde en promedio ingresaban 7 a 9 hombres.

Como parte del proceso de formación universitario, a medida que transcurría el tiempo pasé a formar parte de un grupo de "nosotras", donde docentes se referían al curso como "chicas", y donde mi grupo cercano de amistades se conformó casi completamente por mujeres. Fue como parte de este mismo proceso donde pude evidenciar cercanamente las grandes diferencias que existían entre lo que comúnmente se denomina como

---

<sup>1</sup> Estudiante de Terapia Ocupacional y Licenciado en Ciencias de la Ocupación. Universidad Austral de Chile. Contacto: [daniel.guzman.c@gmail.com](mailto:daniel.guzman.c@gmail.com)

“Femenino” y como “Masculino” y, a la vez, pude interiorizar esos conceptos e intentar entenderlos. Es por ello que nace en mí la necesidad de estudiar más a fondo de dónde vienen y cómo podrían llegar a ser explicadas las luchas que se generan entre lo femenino y lo masculino en la T.O., así como, el impacto que dichas diferencias podrían generar en el desarrollo de nuestra disciplina. Esta diferencia es expresada como una lucha por la necesidad de establecer, desde un principio, que existe un escenario desigual entre ambas corrientes, y si bien, el tema posee grandes aristas y perspectivas, en un principio esta reflexión estará centrada en la definición de algunos conceptos entendidos desde una perspectiva histórica y social.

Para describir y comprender el fenómeno a tratar es necesario posicionarse desde una misma mirada. Para ello, nos situaremos desde una perspectiva occidental, donde históricamente se han establecido múltiples diferencias entre lo femenino y lo masculino que van más allá de lo biológico. Es necesario comprender que los conceptos de lo femenino y lo masculino tienen que ver con una comprensión social más que con algo rígido o estricto y, que a su vez, se consideran como opuestos, así como el frío y el calor, lo alto y lo bajo, entre otros. Además, dentro de ésta perspectiva occidental se tiende a atribuir lo femenino a la mujer y lo masculino al hombre, pero este constante cambio impide que algo pueda ser completamente femenino o completamente masculino, ya que obedecerá a un contexto determinado influenciado por la cultura y la historia de vida de cada persona.

Una célebre frase del filósofo John Stuart Mill señala que "tendemos a aceptar lo usual como natural" y, como parte de ésta perspectiva occidental, se suele atribuir cada concepto a un respectivo género, que a su vez condiciona un patrón de participación en diferentes actividades y de comportamiento. A modo de ejemplo, en relación a programas televisivos se espera que las mujeres vean programas relacionados a la moda o la cocina, mientras que en los hombres se espera que vean programas de deportes o de contenido violento. Así mismo, se espera que las niñas usen el color rosado en su vestimenta y los niños el color azul. Dichos ejemplos pueden ser visualizados como parte de lo cotidiano, pero ¿de dónde vienen estas ideas? Las nociones de lo que es femenino versus lo que es masculino, así como lo que es para adultos o lo que es para niños, tienden a comprenderse

como algo rígido y culturalmente establecido, pero que en la práctica están en constante cambio. Claro ejemplo de ello es conocer que el color rosado fue considerado como un color masculino durante varios siglos. Lo curioso de ésta aseveración histórica es la extrañeza que causa, puesto que desde nuestro nacimiento se nos ha "enseñado", o al menos así lo hemos evidenciado durante toda nuestra vida, que el color rosado es para mujeres y el azul-celeste para hombres, siempre considerando esta lógica dualista donde lo relacionado a la mujer es femenino y lo relacionado al hombre es masculino.

Simbólicamente, a lo largo de la historia, se le atribuyó el color rojo a lo masculino, y el rosado era considerado como "el pequeño rojo", por lo que se utilizaba bastante en niños varones pequeños y que se evidenció durante varios siglos en las pinturas y retratos del periodo Barroco. En pinturas de ídoles religiosas resulta común ver a Jesús de niño utilizando vestimentas rosadas y nunca azules, pues el color azul estaba relacionado a la Virgen María, quien a su vez estaba directa y simbólicamente relacionada con lo femenino. Con el paso de los años y hasta inicios del siglo XX, el color para niños y niñas fue el blanco, principalmente por un asunto práctico, ya que los padres preferían no esperar a que sus hijos nacieran para comprar el color de la ropa. Esta situación cambió radicalmente en 1920 cuando se popularizaron las tintas de tela resistentes al agua hirviendo. En estos años en que la Primera Guerra Mundial había finalizado, el color rojo desapareció de los uniformes militares y por ende se consideró "absurdo" vestir a los niños de color rosado, pues ya no representaban lo simbólico que les dio su origen. Además, hace algunos años se estaba perdiendo la costumbre de vestir a niños y niñas con versiones miniatura de la ropa de los adultos, y se popularizó entre los niños varones el traje de marinero azul. En este punto, y por una lógica casi forzada que tiene directa relación con lo mencionado anteriormente a la lógica social de los opuestos, como el color azul era ahora masculino, el color rosado pasó a ser considerado como un color femenino.

Si bien este es solo uno de tantos ejemplos que se podrían discutir en relación a cómo entendemos los conceptos de lo femenino y lo masculino en su paso por el tiempo, es importante señalar que a pesar de ser conceptos que atraviesan por diferentes cambios a lo largo de la historia, existen diversos escenarios y ambientes donde se logra apreciar la gran

desigualdad que existe en términos de participación femenina en diferentes aspectos de nuestra sociedad. Esto es en parte explicado por Bourdieu (1999) en su libro “La dominación Masculina”, donde evidencia los diferentes escenarios que a través de la historia han situado a la figura masculina por sobre la femenina, y de las constantes luchas que se han establecido en las que la mujer debe pronunciarse para exigir y reclamar sus derechos. Y es dentro de esta participación desigual que aparece uno de los escenarios donde mayor desigualdad se logra apreciar; la Ciencia.

La definición y comprensión del concepto de Ciencia posee diversas perspectivas, que si bien ha pasado por múltiples cambios y etapas a través de la historia, mantiene su esencia en el generar conocimiento. Mario Bunge (1972) define la ciencia como un conjunto de conocimientos objetivos, sistemáticos y comprobables, generados por la investigación sobre las leyes que rigen la naturaleza y la sociedad. Los grandes cambios por los que cursa la ciencia tienen relación con la manera en que conocemos y en cómo estructuramos ese conocimiento. Durante la Edad Moderna, posterior a la Edad Media, es cuando la ciencia se instaura en la sociedad como el gran mecanismo para conocer y generar nuevos conocimientos, cuyo método es hasta el día de hoy validado. A su vez, es importante hacer la distinción entre el concepto propiamente tal de Ciencia en contraposición a quienes aplican y utilizan la ciencia como materia de estudio; los Científicos.

En el libro "La construcción del conocimiento científico" de Gérard Fourdez (2010) existe un capítulo titulado "La comunidad científica" donde se refiere a algunas características especiales de quienes se denominan como parte de esta comunidad y de algunos fenómenos que interpreta desde lo social. El concepto de "Comunidad científica" es bastante amplio y por ende ambiguo, donde Fourdez establece que como cualquier grupo social, la comunidad científica puede ser ubicada en algún lugar de una jerarquía social, particularmente como parte de "la clase media industrial", encontrándose como parte de aquellos grupos sociales que no tienen un gran poder social, pero que, sin embargo, son parte del centro de la sociedad y tienden a identificarse con los "intereses de la sociedad", tal y como los defienden los grupos privilegiados o los grupos dominantes. La comunidad

científica trata también de encontrar aliados que subvencionen sus investigaciones; por tanto, es un grupo social que tiene "algo que vender" y que busca "compradores". Por ello, se ha inclinado cada vez más hacia el complejo militar, industrial y hacia el Estado, tres grupos sociales que al igual que la ciencia se encuentran bajo el paradigma de la dominación masculina. Esta "búsqueda de aliados" en grupos sociales dominantes no es aleatoria, pues dicha alianza trae consigo la posibilidad de soporte económico, poder social y prestigio, aspectos que han generado múltiples conflictos dentro de la misma comunidad científica similares a otros conflictos sociales.

Considero que la participación desigual de la mujer en el proceso de generar conocimiento científico y de formar parte de una comunidad científica obedece a múltiples causas, y que puede ser analizado desde una perspectiva ocupacional. Debemos iniciar considerando los roles que se han atribuido a cada género a través de los años, y de los diferentes escenarios que se han establecido para que cada individuo participe en determinadas ocupaciones. A través de una revisión histórica se hace evidente la escasa participación femenina en materias científicas, las cuales han estado continuamente reservadas para una población masculina. Al buscar diferentes listados referentes a los grandes avances científicos y tecnológicos del siglo XIX, muy pocos serán los casos donde se haga referencia a mujeres, puesto que, si bien en este siglo ya existía participación de mujeres y sus aportes fueron bastante significativos, su participación era bastante reducida, y recién a mediados del mismo siglo las mujeres empezaron a hacer ingreso a diferentes instancias de formación universitaria, aún con un número muy reducido y nunca exentas de críticas. Así, las mujeres tendrían solo un segundo plano en el quehacer científico y profesional, y donde el área de la salud no sería la excepción, pues este orden definía sus roles desde una manera absolutamente jerárquica y determinada por la labor de los médicos varones, en cuanto a que "se les ordenaban" que debían hacer.

En relación a lo anterior, cabe preguntarse ¿qué ocurre con la Ciencia de la Ocupación? Históricamente la Ciencia de la Ocupación se originó como una ciencia social básica, aunque actualmente es descrita como una ciencia humana que es tanto básica como aplicada, y que se ocupa de estudiar la forma, función y significado de las ocupaciones,

dentro y fuera de los contextos terapéuticos o clínicos, según explica Zemke y Clark (1996). Se le considera como una "Ciencia atípica", pues nace varios años después del nacimiento oficial de la Terapia Ocupacional, la que desde sus inicios ha tenido una fuerte presencia femenina, donde dicha presencia no fue aleatoria o producto de la casualidad.

Al situarnos en el año de 1917, año en que se funda oficialmente la Terapia Ocupacional, nos encontramos con un escenario donde la Primera Guerra Mundial obligó a gran parte de la población masculina a adentrarse a las diferentes milicias y campos de batalla, donde las mujeres, en especial aquellas dedicadas al área de la salud, estaban dedicadas al cuidado de los heridos y de rehabilitación de secuelas. Rodolfo Morrison (2011), en su documento "(Re)conociendo a las fundadoras y madres de la Terapia Ocupacional", realiza una revisión histórica sobre los inicios de nuestra disciplina centrado en el aporte de dos mujeres; Susan Tracy y Eleonor Clarke Slagle, quienes poseen escaso mérito producto de los sesgos de género dentro del paradigma de dominación masculina, donde si bien se han reconocido los aportes fundamentales de las mujeres en el desarrollo de la disciplina, suele mantenerse la idea relacionada a que los hombres fundadores, pioneros, y grandes pensadores, han "inspirado" a mujeres quienes posteriormente desarrollaron esta "iluminada manera de pensar". Dichos sesgos de género no son mencionados en la literatura, dando por hecho que los varones fundadores fueron quienes tuvieron la "más importante" relevancia en la disciplina.

La Terapia Ocupacional, señala Morrison, fue construida gracias a los aportes de diferentes disciplinas y enfoques teórico-filosóficos: enfermería, medicina, psiquiatría, movimiento de artes y oficios, tratamiento moral, psicología, trabajo social, arquitectura, entre otros, la cual sería desde su formación, catalogada como "una nueva profesión para mujeres". Para poder legitimarse como una disciplina profesional, fue necesario ampararse bajo el alero de médicos varones, que validaran a la prematura Terapia Ocupacional dentro de un paradigma y momento histórico, en el cual el auge de la ciencia neopositivista estaba posicionado, y en donde el paradigma androcéntrico era dominante. En el mismo documento de Morrison, se hace referencia a que Metaxas (2000) señala que la estrategia utilizada por la primera generación de terapeutas ocupacionales para validar la profesión,

fue precisamente utilizar sus roles de género en función de este objetivo en común. De esta manera, los varones y su autoridad médica se encargaban de construir nexos entre la Terapia Ocupacional y el mundo médico, desarrollando teorías y publicando artículos científicos al respecto. Al mismo tiempo, las cuantiosas redes sociales de caridad de las mujeres acomodadas estadounidenses, incluyendo los grupos de voluntariado, quienes observaron en la "prometedora" T.O. una manera de salir del yugo del paradigma de dominación masculina, permitieron un desarrollo rápido y fuerte de la disciplina logrando una increíble autonomía.

Es así como para la T.O. el concepto mismo de ocupación ha pasado por una diversidad de momentos históricos, lo que implica una serie de definiciones consecuentes con cada época. Un precursor de la Terapia Ocupacional, el movimiento de artes y oficios, es considerado junto al tratamiento moral, como dos filosofías primordiales en la práctica de la disciplina. Este hacer, si bien fue estudiado por diferentes varones (Adolph Meyer, George Barton, Phillip Pinel, William Tuke, entre otros), no fueron ellos, quienes lo llevaron a cabo, sino que las mujeres. Las mujeres eran quienes estaban en mayor contacto con los pacientes, por lo que ellas comienzan a validar el poder de la ocupación (lo que era observado en el mundo médico como oficios) en el tratamiento, sin embargo, por los fuertes sesgos de género de la época, debieron recurrir a los varones para validar este trabajo.

Concluyendo la presente reflexión, aún quedan varias preguntas por hacer, y creo que la principal de ellas es ¿qué podemos hacer ahora? Considero que el primer paso corresponde a conocer e identificar la perspectiva histórica de la constante lucha entre lo femenino y lo masculino. Considerar también que esta lucha se ha desarrollado históricamente de manera desigual, donde el paradigma de dominación masculina siempre ha estado presente, pero donde nuestra disciplina demuestra ciertas luces de cómo poder revertir esta situación. Punto importante también es al que hace referencia Haraway (1995, citado en Hernández, 2005), quien señala y recuerda que las comunidades científicas también son comunidades culturales con visiones del mundo que alimentan y delimitan el tipo de conocimiento que se produce, donde la ciencia es uno de los productos culturales de

la civilización occidental y como tal no puede ser analizada al margen de las relaciones de poder que le dieron origen. Creo que es posible apuntar hacia un equilibrio dinámico entre ambos géneros; aprovechar esa misma característica de "ciencia atípica" y proseguir el camino de nuestra profesión de una mirada que no implique luchas entre un género y otro, sino que un verdadero complemento.

## **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

Bunge, M. (1972). *La ciencia; su método y su filosofía*. Buenos Aires: Editorial Siglo Veinte.

Héritier, F. (1996). *Masculino/Femenino El pensamiento de la diferencia*. Barcelona: Editorial Ariel.

Hernández, A. (2005). Reseña de “Ciencia, Cyborgs y Mujeres: La reinención de la naturaleza” de Donna Haraway. *Ciencias*, enero-marzo,77: 76-77.

Heller, E. (2004). *Psicología del color*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

Fourez, G. (2010) *La construcción del conocimiento científico*. Narcea, S.A. de ediciones. Madrid.

Morrison, R. (2011). (Re)conociendo a las fundadoras y “madres” de la terapia ocupacional. *TOG (A Curuña)*, 8(14): [21p.] Revista en internet. Consultado el 16 de octubre de <http://www.revistatog.com/num14.pdf/original4.pdf>

Bourdieu, P. (1999). *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.